

Algunos hombres ven las cosas como son y dicen: ‘¿Por qué?’ Yo sueño con cosas que nunca han sido y digo: ‘¿Por qué no?’

Por: Juan Daniel Roque Ballivián

Especialista en relaciones internacionales y emprendimiento de la universidad estadounidense College of William and Mary.

jroqueballivia@wm.edu

A solo 24 horas de la segunda vuelta presidencial, el voto de los jóvenes se perfila como uno de los factores que puede inclinar la balanza. Más que una cifra en las encuestas, la juventud encarna la chispa del cambio: sueña sin límites, cuestiona lo establecido y se atreve a imaginar un país mejor.

Tanto Quiroga como Paz deben entender que los jóvenes no son solo votos, sino la voz generacional que exige ser escuchada. Dentro y fuera del país, la juventud boliviana tiene la energía y la valentía para enfrentar los innumerables retos de construir un futuro promisorio. Quizá en esa fuerza esté una de las últimas oportunidades para que Bolivia resurja de las cenizas.

Dicen que las crisis generan oportunidades. El verdadero desafío está en saber aprovecharlas. Un pesimista podría decir que Bolivia ha agotado casi todas sus posibilidades y que la crisis social, política y económica reinante demuestra la incapacidad crónica de sus líderes, tanto de izquierda como de derecha. Puede haber algo de verdad en ello, pero también es una falacia: la idea de que el país está condenado a una catástrofe perpetua.

Ya hemos superado un cuarto del siglo XXI. El cambio de milenio marcó un punto de inflexión, y en Bolivia eso se reflejó en el experimento fallido de Evo Morales y el MAS. Ese ciclo, para bien o para mal, ha llegado a su fin.

No pretendo sugerir quién es el mejor candidato entre el senador tarijeño y el expresidente cochabambino. Mis reflexiones se centran en lo que vendrá después de las elecciones: la búsqueda de un camino viable para reconstruir el país y orientarlo hacia un proyecto de nación que brinde esperanza, sea prometedor y duradero.

La solución al deterioro generalizado no se encontrará en las desgastadas recetas de antaño, que solo garantizan mayor desigualdad o el odio entre collas y cambas. Ese barco ya zarpó. La posibilidad de una recuperación real podría venir de una nueva relación con Estados Unidos.

Esta semana, la Casa Blanca recibió al presidente argentino Javier Milei. Durante la rueda de prensa sobre el acuerdo de swap financiero de 20 mil millones de dólares destinados a salvar el peso argentino, el presidente Trump cedió la palabra a su Secretario de Estado, Marco Rubio, quien dirigió la atención hacia el corazón de los Andes: “Algo prometedor —dijo Rubio— es que habrá elecciones en Bolivia, después de casi tres décadas de gobiernos hostiles a Estados Unidos. Ambos candidatos buscan relaciones más sólidas y constructivas con nosotros. En ello existe una oportunidad transformadora.”

Pero surge la pregunta: ¿qué puede ofrecer Bolivia al mundo, a Estados Unidos? La respuesta está en un solo recurso, al menos al principio: el litio.

Bolivia posee cerca de una cuarta parte de las reservas mundiales, una riqueza que podría cambiar su destino económico. En un mundo que avanza hacia la neutralidad de carbono y donde las baterías son la base del futuro energético, el litio boliviano representa una ventaja estratégica. Las reservas nacionales, estimadas en 23 millones de toneladas, tienen un valor potencial de entre 230 y 540 mil millones de dólares, de cinco a diez veces el PIB actual del país.

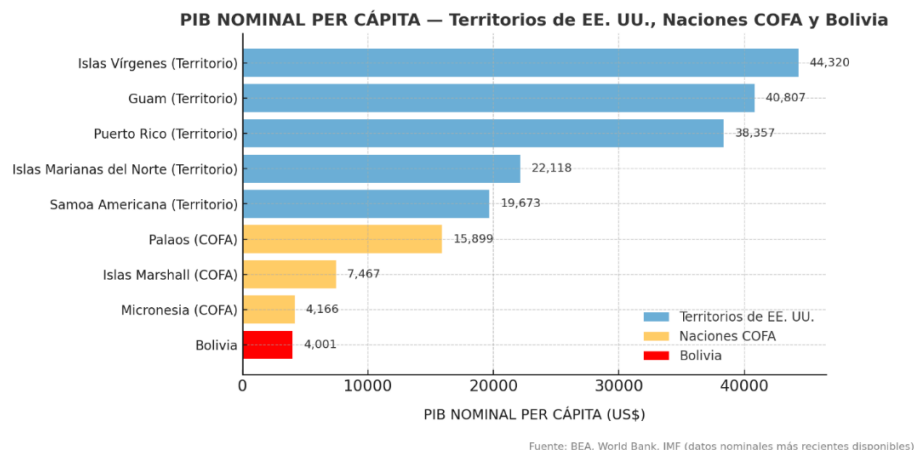
En el contexto de un nuevo orden bipolar entre Estados Unidos y China, la competencia por recursos críticos ha comenzado a redefinir las alianzas globales. En esta “nueva Guerra Fría”, la victoria no se medirá en armas, sino en acceso a minerales estratégicos, infraestructura, tecnología centrada en inteligencia artificial y garantías de seguridad.

Estados Unidos ha comenzado a interesarse en Sudamérica. Por ello, Bolivia podría representar una apuesta atractiva si logra plantear rápidamente una estrategia de desarrollo de mutuo beneficio, que saque provecho de su ubicación estratégica y de su papel como gran articulador regional.

El primer paso es restablecer relaciones diplomáticas plenas. Desde 2008, los vínculos entre La Paz y Washington han estado prácticamente rotos. Sin una embajada eficiente y un canal directo de comunicación, cualquier iniciativa profunda es inviable.

El segundo paso podría basarse en iniciar la negociación de un modelo de cooperación similar a un Acuerdo de Libre Asociación (COFA), que Estados Unidos mantiene con pequeños estados del Pacífico. Estos acuerdos garantizan asistencia económica, educación y defensa a cambio de vínculos estratégicos, respetando la soberanía de las partes. Aunque este modelo nunca se ha aplicado en América del Sur, su lógica ofrece un referente valioso.

Palaos, el país más próspero entre los estados COFA, tiene un PIB per cápita superior a los 15 mil dólares, el triple del boliviano. Solo ese dato muestra cómo una asociación de esta índole puede generar prosperidad tangible.



Además, existen otros modelos útiles. El reciente acuerdo sobre minerales estratégicos entre Ucrania y Estados Unidos permite inversión extranjera sin perder soberanía. A través del Fondo de Inversión para la Reconstrucción Conjunta (JRIF), ambos países comparten beneficios sin generar deuda ni comprometer su soberanía. Un esquema similar, adaptado a Bolivia, podría activar una vez la industrialización del litio.

Bolivia también podría atraer capital extranjero mediante mecanismos innovadores, como el intercambio de bonos de carbono y un fondo soberano de inversión propio. Al comprometerse a preservar sus ecosistemas y fomentar el uso de energías renovables, el país podría ofrecer incentivos financieros a inversores internacionales. Este enfoque no solo generaría recursos para proyectos de desarrollo sostenible, sino que también aceleraría la adopción de tecnologías limpias, maximizando el potencial ambiental y económico del país.

Todo esto refleja una nueva disposición estadounidense a invertir en el sur global y asumir riesgos antes impensados. En Bolivia, ese intercambio podría generar beneficios reales y sostenibles en el tiempo.

Estados Unidos también tiene la capacidad financiera para ayudar a Bolivia a evitar un default. La deuda boliviana es pequeña en el contexto global. Y, a diferencia de los tradicionales paquetes del FMI o del Banco Mundial, una cooperación bilateral bajo el modelo COFA no impondría privatizaciones ni medidas de choque económico con mayor sacrificio social. La historia de la “guerra del agua” nos recuerda los errores de imponer ese modelo de dolor sin un verdadero desarrollo equitativo.

Bolivia, por su parte, debe corregir su rumbo interno. Los intentos de desarrollar la industria del litio con China y Rusia terminaron en fracaso, corrupción y daño ambiental. Hoy, el país puede iniciar una etapa diferente: una que combine tecnología sostenible con verdadera participación estatal y beneficio compartido, abierto también a capitales privados internacionales.

El litio no es la única oportunidad. La energía solar y eólica del Altiplano, la capacidad hidroeléctrica no aprovechada de los ríos bolivianos y el potencial de infraestructura para decenas de centros de datos abren un horizonte diverso y atractivo para la inversión. Washington podría ser el socio ideal para impulsar ese desarrollo mediante capitales estadounidenses de su naciente fondo soberano de inversión, capital privado global, transferencia tecnológica y una demanda asegurada. Incluso la energía nuclear boliviana podría aprovecharse.

Si estas oportunidades se concretan, Bolivia no solo generará empleo, educación y un auge económico sin precedentes, sino que también reducirá su dependencia de actividades ilegales como el narcotráfico. Pero esa transformación requerirá reformas profundas: un Estado más eficiente, una nueva Constitución y leyes modernas, además de una ciudadanía vigilante, consciente de su poder y responsabilidad.

El desarrollo no puede limitarse al sector extractivo. Bolivia necesita un proyecto integrador capaz de unir a los 9 departamentos y simbolizar un nuevo comienzo. En ese marco, la construcción de una nueva capital federal en el Chapare surge como una alternativa innovadora.

Un megaproyecto de esta índole, a lo Brasilia, sería un verdadero motor económico: movilizaría construcción, servicios, transporte, energía y empleo durante más de dos décadas.

Además, la nueva capital serviría como punto de unidad regional conectando el Pacífico y el Atlántico. Su desarrollo ordenado podría transformar la economía del Chapare, sustituyendo la producción ilícita de coca por industrias alternativas, sostenibles, de transporte y turísticas. Al mismo tiempo, sería un símbolo del renacimiento del país como un estado descentralizado y orientado hacia un futuro próspero para todos sus ciudadanos. Imaginen tener a todos los poderes del Estado en un solo lugar: las eficiencias que se podrían alcanzar.

Una alianza estratégica con Estados Unidos podría potenciar todo lo planteado. No solo implicaría flujos constantes de inversión y cooperación tecnológica, sino también la posibilidad de que Bolivia alcance una calificación crediticia de nivel inversión, abriendo el acceso a financiamiento internacional en condiciones óptimas. Además, un acuerdo económico bilateral de nueva generación e integral podría incluir la reducción o eliminación de aranceles para productos bolivianos, otorgando al país una ventaja comercial histórica en el mercado norteamericano.

Una asociación justa con Estados Unidos, basada en respeto y pragmatismo, podría marcar el inicio de una nueva etapa hemisférica. Sería, en los hechos, una versión moderna de la “Alianza para el Progreso” soñada por John F. Kennedy y Víctor Paz Estenssoro: cooperación sin dependencia, desarrollo con justicia social y soberanía.

Para Bolivia, esto significaría una oportunidad histórica de prosperidad, proyección internacional y estabilidad. Sería el fin del aislamiento económico y el comienzo de una existencia renovada basada en conocimiento y energía. Pero para lograr estos proyectos transformadores, Bolivia necesita algo más que recursos naturales e inversión externa: necesita capital humano capacitado.

Y ahí enfrenta uno de sus mayores desafíos. El país no cuenta con suficientes profesionales formados en áreas clave como tecnología, ingeniería, infraestructura, planificación urbana o energías limpias. Sin embargo, existe una reserva de talento valiosa: miles de jóvenes bolivianos y descendientes de bolivianos que se han educado en universidades de Estados Unidos, Europa, Asia, Argentina, Brasil, México y otros países. Muchos de ellos considerarían regresar si se les ofrecieran oportunidades reales: condiciones laborales dignas, un entorno profesional serio y un proyecto de nación que valga la pena. Esa diáspora altamente calificada podría convertirse en una fuerza clave para el renacimiento del país. Además, las nuevas generaciones locales ya no tendrían que emigrar.

Si Bolivia logra aprovechar esta oportunidad, podría experimentar un renacimiento aún más trascendental que el de 1825: una nueva independencia que sí valga la pena celebrar. Sin embargo, todo este potencial —el litio, la energía limpia y los grandes proyectos nacionales— solo se concretará si los jóvenes bolivianos asumen el papel que les corresponde.

Ellos no son solo la esperanza: son el motor capaz de convertir los recursos en progreso, la energía en desarrollo y los sueños en realidad. Su creatividad, preparación y determinación serán la base para construir una nación moderna, justa, democrática y sostenible. Escuchar a los

jóvenes del campo y la ciudad, así como a quienes viven fuera del país, creer en ellos y brindarles espacios de liderazgo podría ser, quizá, la clave definitiva para garantizar un futuro viable para Bolivia.